



Primer capítulo

Hace como veinte días que no me cepillo a Rosa. Mi querida Rosa, ella, toda ella, que es larga como el mismo deseo: puedes perderte literalmente recorriendo su cuerpo, tan estilizado. Yo ya he perdido la brújula y el tiempo cae en una dimensión blandengue y flácida igual que los relojes de Dalí... Cuando te acuestas con ella es como si hicieras alpinismo y nudismo a la vez (y sin seguro de vida). Un felicísimo vértigo carnal.

Rosa, ella, con esos ojitos pequeñitos como dos mecheros, que dan calor de cigarra cuando te mira.

Como acertadamente apreció mi amigo Valentín, tiene un aire a la actriz Laura Dern, pero en versión morena. Y pienso que si las mujeres son serpientes, Rosa es una buena boa. Me la enrolló al cuello, comiéndole la mata de su pubis y ya no me hace falta llevar bufandas en invierno.

Y qué sabroso tiene el coño. Hay mujeres con un sabor fuerte entre las piernas, a veces puedes estar devorando salsas como el chile y sin ayuda de agua, cerveza o pan. Rosa es como una tienda de golosinas, el sabor de su coño. Sin embargo, no te empalagas fácilmente. Es un caramelo que no te cansas de chupar y chupar y no se termina nunca. Para llegar al clítoris es como si tuvieras que abrir tres telones diminutos. En este caso sería ideal tener tres lenguas para llegar satisfactoriamente a su pequeña campana.

Pues sí, ya van para cerca de veinte días sin hundirme en sus lujurias, porque se fue a la playa con sus padres, a sus veintisiete



años aún no tiene autonomía en el periodo vacacional. Está enchufada a sus viejos como la nevera a la pared. Me sorprende bastante que todavía haya gente que se va a la playa todos los veranos con sus padres, todos juntos, el hermano menor que es tímido como la cáscara de una pipa, el perro, los abrelatas, las sombrillas, cremas estúpidas antisol, el canario amarillo en su ridícula jaula.

La verdad es que echo de menos su conejito. Un buen coño es como una brújula, en cuanto le pierdes la pista, ya no sabes ni por donde sale el sol. Y su almejita es una portentosa mina de jugos; en cuanto la estimulas un poco no para de chorrear y estar húmeda, se la puedes meter todas las veces que quieras, siempre está dispuesta y jugosa, parece que tiene una batería instalada cerca del ombligo que la hace lubricar constantemente. Y entonces empieza el aerobico, cambias y cambias de postura, te corres en el preservativo, arrojas la goma debajo de la cama, te limpias un poco con las sábanas, te fumas un cigarrillo, le sigues tocando el culo o las muñecas o el cuello, tienes otra erección y sencillamente la metes. Es tan fácil como pegar sellos. Siempre dispuesta, siempre preparada. Basta con que le soples en el cabello para que se excite como una locomotora sin conductor.

Pero, oh, hay una pega -¿o es una virtud?- : el problema es que ella no se corre nunca. Nunca se ha corrido con un tío. Lo cierto es que tampoco tiene mucha experiencia de fornicio, aunque luego tiene mucho instinto. Desde luego no ha agarrado muchas pollas, a lo sumo media docena, pero sabe muy bien para lo que sirven y lo que se hace con ellas.



Se me ocurre que sencillamente no se permite orgasmar delante de otra persona. Ella sola, en privado, sí. Para mí que es una cuestión de egotismo y de vergüenza, de pudor fatuo, como si estuviese prohibido para ella terminar de perder el control delante de otra persona. Esto quizá provenga de una educación semicatólica -y Rosa es muy obediente con sus papás- que consiste, dicho en burdo, en definir a la mujer que goza hasta sus últimas consecuencias como una <<guarra indecorosa>> o algo así. Una especie de ablación moral que proviene de la religión. Aunque este razonamiento parezca pueril y seguramente lo sea, no por ello carece de una pizca de veracidad. Por lo demás, ya se sabe, que a veces, la sombra de los padres ejerce una especie de control telepático. Pero, esto son meras teorías, cualquiera sabe la raíz, el motivo oculto de su presunta anorgasmia. Quién sabe, lo cierto es que cada vagina tiene sus caprichos.

Es alucinante la autonomía que tienen las vaginas. No es sólo cuestión de que un buen mango esté dentro. Tópico topiquito. No. Está el tamaño, está la forma de mover el chisme, está la velocidad, está la postura, está el clima de confianza, la sintonía de los líquidos, está si te pareces a Richard Gere o al pecho lobo de Roger Moore, etcétera etceterando, una larga infinidad de diferencias que en cada vagina provocan una cosa u otra. Esto refiriéndonos explícitamente a la penetración. Y a veces ni eso, porque ciertas vaginas parecen abominar de la penetración. A este grupo pertenecen las vaginas disidentes, como ya veremos adelante.

En el caso que me ocupa, por ejemplo, si yo me pongo encima y ella debajo, abierta de piernas a lo misionero, no siente



prácticamente nada cuando yo ya estoy con los ojos del revés, hincándola frenético y sumiéndome en un placer de remolinos en espiral; pero si atraviesas a Rosa a cuatro patas se pone loca loca loca; entonces la liamos, porque de verla tan bruta mientras la cabalgo y le doy algún azote en el trasero, enloquezco yo y ya no hay remedio, me corro echando hostias. No puedo controlarlo. Una vez eyaculado se esfumó el camino hacia su orgasmo, porque, para más inri, para ella el único camino viable hacia su orgasmo es el coito, se niega -no entiendo por qué- a obtener la misma meta a través de un cunnilingus, pongamos por caso. Así, una vez eyaculado, yo me relajo y la dejo a mi lado desesperada, babeando viva por la vagina, ansiosa como una gata en celo a la que has frotado con un lapicero.

Y ya no hay descanso, te la empieza a tocar y a chupar, no te deja que la minga tenga su necesario desarrollo de latencia, ni siquiera los cinco minutos mínimos de cortesía. Mi picha quiere descabezarse un sueñecito y ella llama a los bomberos si es preciso para que mis huevos se llenen ya mismo de leche. Hombre, ten un poco de paciencia, amor.

Lo cierto es que tampoco me hace falta mucho tiempo de recuperación con ella, porque me pone cachondo ipso facto. No sólo está el sabor a regaliz rosa de su coño, sin ir más lejos están también sus tetitas, que huelen a leyenda de vírgenes vestales. Me puedo embriagar con ese olor que emana de sus pequeños pechos como si tomase absenta. Y toda su piel: no puedo parar de tocarla.

De hecho, la última vez que nos revolcamos y fornicamos en la cama de matrimonio de sus padres sucedió todo esto.



Me la tiré a cuatro patas después de un larguísimo polvo multipostural, que de tanto aguantar el no-eyacular al final se me bajó, sobre todo también porque ella abusó de la postura-tijera. Pues en breve, a la segunda embestida, cuando cogía sus cabellos como si fueran riendas, entre que la castigaba desde atrás, yo de rodillas pegado a su culo como una lapa, mi pelvis estallando una y otra vez contra sus bamboleantes nalgas, sus glúteos de parafina, y sonaba chof chof chof chof, y mis neuronas se encabritaban y se subían a un cohete imparabile a cada chof chof chof chof, con lo cual vi en seguida que iba a tardar un suspiro en eyacular y esta vez no lo retuve. Me corrí tan a gusto y egoístamente. Ella se quedó cachondona perdida, como un grifo que se ha atascado y no cierra el manantial a borbotones de su líbido. Ella quería seguir a toda costa y empezó a hacerme cosquillas, retorcerme la cola desesperadamente, a lamerme la oreja como si fuera de mermelada, a masticarme los hombros con dientes de alocada sierra... a joder la marrana, en definitiva.

La situación era la siguiente: yo me levantaba al día siguiente a las siete y media de la mañana para ir a clase de José Pedro Carrión. ¡Ya eran las 5 de la mañana! Es decir, a la fuerza tenía que dormir algo si no quería desplomarme en medio de cualquier ejercicio interpretativo, pero ella era incapaz de dejarme dormir, ¡quería más!, estaba más excitada que una manada de gorilas en celo con el termómetro de las hormonas disparadas como una jauría. Yo quería detenerla, porque si continuaba tres segundos más chupándomela y asediándome con su ávido cuerpo, yo perdería la cabeza sin remedio, dominado completamente por el segundo cerebro situado



entre mis piernas. Estuve a punto de estrangularla para que me dejase dormir al menos esas dos míseras horas de rigor. (Obviamente, de no tener yo que someterme a tamaño madrugón, la noria sexual con ella habría seguido durante horas, como nos ha sucedido otras veces, en que éramos incapaces de parar hasta que nos quedábamos completamente secos, exangües).

Al final, aunque seguía sin serenarse, decidió no probar los límites de mi paciencia y dejó de tocarme literalmente los cojones. Y me dormí tan plácidamente, en cuestión de segundos. La verdad que el polvo me había dejado el ánimo arrasado y pacificado como un nenúfar flotando en un estanque. Más plácidamente incluso y en concreto... por haberla dejado así de atropellada. Me sentía como un sultán, obeso y holgazán, con el apetito satisfecho, ignorándola y habiéndola dejado a medias.

Ella quizá se levantó y se metió en la raja algo cuidadosamente escogido en la cocina para calmarse, quizá la batidora quizá una botella de vino, quizá un buen trozo de salchichón, mientras yo roncaba como un brontosaurio. Lo que sí sé es que ella no pegó ojo y estuvo sin dormir porque el angelito estuvo pendiente de no quedarse dormida para poder despertarme a su debido tiempo y que yo no me quedara dormido. Además me preparó el desayuno. Todo un detallazo. Son detalles que pueden hacer que te entren unos deseos irrefrenables de casarte con alguien. Es una buena chica, ¡quién lo duda! Podría enamorarme de ella, si no supiera que es como enamorarse de un desaforado atún. Podría amarla intensamente si no fuera porque no se da cuenta de que existe más



gente aparte de ella. Y es que si yo soy egocéntrico, de ella se podría decir que es *heliocéntrica*.

Ni se imagina que cuando dos personas se unen, en realidad lo que hay es tres <<personas>>. Rosa, yo y <<la relación>>, es decir, lo que hay entre los dos, que es otra personita, con sus caprichos, sus voluptuosidades, sus necesidades, su carácter. Hay que cuidar las tres cosas. Por ejemplo: puede darse el caso un día de que ni a ella ni a mí nos apetezca vernos, pero hay que hacerlo por la relación en sí, si no queremos que se vaya a pique.

A Rosa sólo le importa lo que siente ella; mientras yo le diga cosas bonitas (que se las prodigo a raudales debido a su ávida predisposición a oírlas) y se la meta lo necesario para calmarla, todo funciona estupendamente. No se le ocurre pensar que cualquier día aciago me pueda sentir deprimido o que no tenga ni pizca de ganas de decir cosas bonitas. O que cierta noche mortuoria me baste con un polvete rápido y sanseacabó, luego a dormir. Lo que pide ella es una especie de supermán erecto que nunca falla, ni muestra la fea cara de la debilidad humana. O sea, la típica falacia del príncipe azul insaciable y sin voluntad, atento, comprensivo, que baja al perro para que le cague en los zapatos, que compra flores al por mayor o periódicos y papel higiénico todos los días, que escribe ridículos poemas de amor dulzón y barato, que escuche cada caprichito de su amada, que se afeite y lave los pies constantemente, que fume cigarrillos light, que no se emborrache excesivamente más que un día cada dos meses, que sepa bailar claqué o hacer cualquier memez que amenice los momentos de hastío, y siempre tiene la oreja, la tarjeta de crédito, los testículos, la nariz, los ojos, el hígado



disponible... El típico y manido príncipe azul infantil que rescata a la doncella para convertirse en el sempiterno lacayo sin voz ni voto, que no abre nunca la boca para emitir la más liviana queja... ¡Bah!

Sin embargo, Rosa, mi querida Rosa, tiene una fabulosa compensación, por cría mal mimada y caprichosa que sea: le funciona estupendamente la culpabilidad. Basta con que frunzas un poco el ceño, fingiendo haberte enfadado severamente con ella y en seguida se deshace en atenciones, delicadezas y regalos. Eso es estupendo, tengo que aprovechar mejor esto. Es una buena chica si le aprietas medianamente las tuercas.

Es lo que he tenido que hacer para conseguir acostarme con ella alguna que otra vez. En el fondo es una niña grande, esbelta y coqueta, larga como el deseo. Una reina, toda una reina. Todo un viaje en tren de la fantasía, desde lamer su dedo gordo del pie hasta morder su ceja, deteniendo unas rijosas dentelladas en su esponjoso culo amasado.

Con esos cabellos negros rizados que sugieren lianas selváticas.

Qué demonios, pienso en ella y babeo un poquito. Como un caracol dejo un pequeño rastro de baba caliente en la pared.

A ver si sus papis me la devuelven pronto, bien torneada, bañadita y salada y me hago un bocadillo con sus cabellos agitanados y una buena tortilla sobre sus nalgas de melocotón blando. Sí, Rosa, te espero ardiente, levanto banderas de carne en tu honor. Te recorro en sueños y mi bragueta se abulta como una bomba de hidrógeno.